

El enorme ruido causado por un convento con votos de silencio

Juan Vives Rocabert

Corría el año de 1950 cuando un sacerdote belga llamado Gregorio Lemercier fundaba el Monasterio benedictino de Santa María de la Resurrección en Ahuacatlán, sitio muy cercano a la ciudad de Cuernavaca. Poco tiempo después, y al mismo tiempo que se implementaban una serie de cuestionamientos y renovación de la liturgia y el ritual de la misa promovidos por el propio Prior, dicha institución religiosa habría de introducir la terapia psicoanalítica dentro de aquella colectividad. Aparentemente, este recurso había tenido como motivación la necesidad de examinar los problemas vocacionales y emocionales que les aquejaban, conflictos que se presentaban tanto en la persona del propio Lemercier como en el grupo de monjes del mencionado Monasterio. Estas medidas habrían de protagonizar uno de los escándalos más señalados de la Iglesia católica de aquellos tiempos –mediados del siglo XX-, institución que estaba siendo fuertemente cuestionada por agudas controversias en el seno de la Iglesia y algunos cambios propuestos dentro de las nuevas directrices derivadas del Concilio vaticano II.

¿Qué ocurre cuando una comunidad religiosa -concretamente, un convento- se interesa por el psicoanálisis y decide aplicar este tipo de tratamiento entre sus miembros con el fin de examinar a profundidad las determinantes de la vocación sacerdotal entre sus postulantes y miembros con el fin de liberarlos de posibles impedimentos neuróticos y perversos, así como de la presencia de pseudo-motivaciones basadas en transparentes problemáticas homosexuales, en graves inhibiciones de la sexualidad o en trastornos más o menos esquizoides de la personalidad? Si tenemos en cuenta que el psicoanálisis y todo lo relacionado con esta novedosa disciplina era una ciencia prohibida, incluso satanizada por las jerarquías oficiales del catolicismo, al menos desde la perspectiva de las clásicas consignas de los estamentos más conservadores de aquella iglesia católica

anterior al aggiornamento representado por el Concilio Vaticano II de Juan XXIII; si tenemos esto en cuenta, entenderemos la osadía y el desafío que, en su momento, representó la iniciativa de Gregorio Lemercier, Prior del Monasterio de Ahuacatlán, ciertamente apoyado por Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca y promotor también de una serie de reformas en la liturgia, los espacios de culto y los ritos de la religión católica.

En su momento, el escándalo que provocó la inclusión del psicoanálisis dentro del convento de Cuernavaca fue tomado y explotado por la prensa que, pronto, se dividió en dos posiciones polares: aquellos que miraban con beneplácito las reformas estructurales que la Iglesia católica estaba promoviendo en su seno y, por tanto, el experimento que el padre Lemercier estaba llevando a cabo en Cuernavaca; y aquellos otros que veían en dichas iniciativas una forma herética y aberrante de llevar la religión. Pronto los artículos periodísticos rebasaron el estrecho espacio mexicano e incluyeron a la prensa internacional que difundió y profundizó en el tema, hasta el punto de que la entonces muy famosa revista LIFE, en su número del 23 de octubre de 1967, publicó en su portada el retrato de Lemercier y en sus páginas interiores desplegó el tratamiento del tema de su Monasterio, incluyendo entrevistas con el propio Prior quien en sus declaraciones decía lisa y llanamente: “La iglesia no teme a Freud; teme a lo sexual”.

Es interesante que una de las primeras señales de advertencia aparecidas en nuestro medio, tuvo que ver con una obra de teatro de nuestro gran dramaturgo Vicente Leñero -Pueblo rechazado (1969)- donde el tema fue representado escénicamente desde la perspectiva de su autor (para quien, por cierto, no eran nuevas estas inquietudes pues también abordó, pocos años después, el asunto de la verticalidad de la institución eclesiástica en su Redil de ovejas, de 1973; y, desde el otro polo de la conflictiva en cuestión, ya había examinado la centralidad y el poder de la figura del psicoanalista en una obra anterior titulada El garabato, aparecida 1967).

El mismo año de la aparición de la obra teatral de Leñero, Hugo Latorre hizo referencia al problema del Monasterio de Cuernavaca en La revolución de la Iglesia latinoamericana (1969), como parte de su incursión en el tema que abordaba la amenaza que, en su momento, representaron aquellas tres figuras fundamentales del movimiento renovador de la iglesia en México: Gregorio Lemercier y su revolucionario Monasterio; Ivan Illich, fundador del Centro Intercultural de Comunicación (CIDOC), un centro de formación de religiosos y laicos, quien terminó siendo llamado a cuentas por el Santo Oficio; y Sergio Méndez Arceo, bien conocido por sus innovaciones en el

obispado de Cuernavaca.

El primero, siguiendo la senda abierta por el cardenal belga Desiderio J. Mercier, gran propulsor de la psicología experimental y autor de *Los orígenes de la psicología contemporánea*, fue el primero en cuestionar ciertos aspectos vocacionales de los sacerdotes y monjes. Habiendo constatado la cantidad de psicopatología existente entre los monjes de su monasterio, Lemercier pensó que el psicoanálisis podría resolver “*los obstáculos y lastres que le imponen [a los monjes] las neurosis, las perversiones sexuales, ciertos fenómenos psicósomáticos...*” (Latorre Cabal, 1969, p. 92), así como las frecuentes problemáticas homosexuales detectadas entre ellos. El propio Lemercier se hizo psicoanalizar e instauró grupos terapéuticos en el convento con el fin de desbrozar el camino vocacional de sus monjes. Una experiencia tan innovadora no podía pasar desapercibida para el obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, quien apoyó casi incondicionalmente la cruzada emprendida por Gregorio Lemercier, al grado de que, en el momento del Concilio Vaticano II de Juan XXIII, llevó a Lemercier como su experto privado, cuando el obispo presentó a la consideración del Concilio la posibilidad de estudiar el proyecto de introducir el tratamiento psicoanalítico dentro de la institución eclesiástica. El proyecto no fue bien recibido y Gregorio Lemercier recibió la advertencia de se abstuviera de sostener en público o en privado las teorías y prácticas de S. Freud, bajo pena de ser suspendido *a divinis*.

Más adelante, el tema habría de ser abordado desde el documento-reportaje-denuncia-novela de Mauricio González de la Garza, protagonista activo de los inicios de la revolución habida en dicho Monasterio, escrito que publicaría luego bajo el nombre de El Padre Prior en 1971.

Hay que aclarar que, ya anteriormente, el periodista Luis Suárez, muy interesado en este fenómeno insólito en la historia de la Iglesia que contempló la posibilidad de conjunción del psicoanálisis con la religión católica, había publicado en 1970, Cuernavaca ante el Vaticano, donde el tema Lemercier y las entrevistas que con él sostuvo, así como el reportaje sobre la dinámica del Monasterio de Cuernavaca era tratados con amplitud. Suárez fue de los primeros que nos ofreció un acercamiento al Abad benedictino, Gregorio Lemercier, nacido el 1° de diciembre de 1912 en Lieja, Bélgica, país donde hizo su formación religiosa formando parte del monasterio Monte César, en Lovaina. Llegó a México el 21 de marzo de 1944 por el puerto de Guaymas y luego de diversas vicisitudes obtuvo el permiso papal para fundar un monasterio independiente. Aunque desde

1950 quedó terminada una parte del mismo, la construcción no finalizó sino hasta 1960. Luego de cinco años de funcionamiento, Lemercier pidió -nos cuenta Suárez- la ayuda del psicoanálisis con el fin de aclarar los conflictos vocacionales de muchos de sus monjes. El mismo Lemercier se sometió a tratamiento luego de haber sufrido alucinaciones visuales, aunque estas fueron provocadas por un melanoma en la retina de su ojo izquierdo. La participación de los psicoanalistas en el seno de un Monasterio, hecho insólito hasta ese momento, provocó un gran revuelo y la franca oposición de las altas autoridades eclesiásticas del país; sin embargo, Gregorio Lemercier siempre contó con el apoyo e involucramiento de Sergio Méndez Arceo, al grado que el obispo de Cuernavaca fue el abanderado que llevó dichas propuestas alrededor del uso del psicoanálisis por la iglesia en el seno del Concilio Vaticano II.

Luis Suárez nos informa sobre este movimiento revolucionario para su tiempo -si tenemos en cuenta la estructura tradicionalmente conservadora de la Iglesia católica- en virtud del cual, una cuarentena de monjes se enfrentaron y cuestionaron a la alta jerarquía eclesiástica al introducir el psicoanálisis dentro de un monasterio de monjes con el fin de determinar con mayor certidumbre los aspectos vocacionales de sus integrantes. El desafío incluyó, por si fuera poco, el escándalo, la participación de una mujer que formaba parte de las terapias grupales impartidas en el convento. Como bien dijo Elisabeth Roudinesco, “*será la primera mujer del mundo en penetrar los misterios masculinos de la vida monacal.*” (Roudinesco, 1986, p. 205)

Uno de los resultados parciales de este tipo de experimento fue que, en el curso de poco tiempo, abandonaron el convento para dedicarse a otros menesteres un número significativo de participantes. En su entrevista, Luis Suárez le preguntó directamente a Lemercier: “*¿Cuántos miembros de la comunidad han desertado desde que comenzó a aplicarse el psicoanálisis?*”; “*...cuarenta miembros de la comunidad salieron en el transcurso de cuatro años*”. Le contestó el Abad. (Suárez, 1970, p. 77)

A la pregunta sobre las metas de tal procedimiento aplicado a sus monjes, Lemercier estableció con claridad que lo que se busca “*sin piedad son todas las taras del sentimiento religioso, y trata de purificarse en el crisol de un análisis sin perdón, que permite descubrir, poco a poco, los engaños y las mentiras para no dejar más que lo que hay de auténtico.*” (Op. cit., p. 78)

Si tenemos en cuenta que la fundación del Monasterio de Santa María de la Resurrección ocurrió en 1950 y que desde 1958 ya consta como el

Prior Gregorio Lemercier, motivado por los problemas emocionales que le aquejaban tanto a él mismo como a sus monjes, había pedido ayuda a los grupos psicoanalíticos, nos daremos cuenta de la coincidencia, no gratuita, de este movimiento de renovación dentro de la Iglesia en territorio mexicano con la creación de los primeros grupos psicoanalíticos en nuestro país, ya que la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis, fundada por Erich Fromm y sus seguidores abrió sus puertas en 1956 y la Asociación Psicoanalítica Mexicana recibió su estatuto de Sociedad componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional al año siguiente. De hecho, los primeros psicoanalistas a los que recurrió Lemercier fueron de la corriente frommiana (probablemente el doctor Francisco Garza), pero como no se vieron resultados favorables en los dos monjes que se trataban con el analista frommiano con el que iniciaron este proceso de indagación interna, el Prior se dirigió a Santiago Ramírez, a la sazón presidente de la A.P.M., con el fin de psicoanalizarse. Como el doctor Ramírez se rehusara a tomarle en tratamiento psicoanalítico -apoyado en el prejuicio de que un religioso no era susceptible de beneficiarse del psicoanálisis-, le recomendó con un analizando suyo y psicólogo, Mauricio González de la Garza como una forma de proporcionarles una suerte de terapia ligth para solventar las necesidades de su convento. Flaco favor si tenemos en cuenta que el primer caso que le encomendó Lemercier al recomendado del doctor Ramírez fue a un monje aquejado de una grave paranoia, es decir, necesitado de la ayuda de alguien con una gran experiencia.

Parte de esta aventura quedó relatada en *El Padre Prior*, libro confeccionado por el propio González de la Garza y publicado en 1971, donde se trasmina un profundo resentimiento del autor como resultado de su experiencia con los monjes de Lemercier. El autor del libro es una persona que entró en el Monasterio con el fin de procurarse un espacio privado y libre de interferencias para poder escribir su tesis de doctorado que versaba sobre la poesía de Walt Witman, pero que, andando el tiempo, fungió como “analista” de Gregorio Lemercier y de varios de los monjes miembros de la comunidad benedictina. González de la Garza, de hecho y pese a ser psicólogo, sólo sabía de la disciplina psicoanalítica lo que había aprendido a raíz de su propio proceso analítico con el doctor Santiago Ramírez -tratamiento motivado inicialmente por haber tenido un serio intento suicida cortándose la yugular- y, la verdad sea dicha, si leemos *El Padre Prior*, entendemos que las intervenciones de González de la Garza no resultaron de gran utilidad dadas las múltiples y multiformes

contaminaciones transferenciales, no analizadas, así como las actuaciones contratransferenciales que se dieron durante dichos procesos.

Fue durante el correr del año de 1960, cuando Gregorio Lemercier tuvo una alucinación visual (rayos, luces multicolores) por lo que pensó que estaba siendo invadido por el demonio (aunque en otra versión del propio Lemercier dijo que había visto a Cristo) y que estaba volviéndose loco. Esto motivó que, de nueva cuenta, acudiera con Santiago Ramírez quien, finalmente, le recomendó a Gustavo Quevedo, un analista recién llegado de la Argentina, quien antes de cualquier otra cosa y en virtud de las luces que el Prior veía con su ojo izquierdo, lo mando con el oftalmólogo quien le diagnosticó un cáncer (un melanosarcoma) que tuvo que ser operado de inmediato. Luego de la intervención quirúrgica Gregorio Lemercier, de 48 años, entró en análisis cuatro veces por semana con el doctor Gustavo “*el che*” Quevedo, quien “*en cinco años no sólo aprendió el oficio de Freud sino que para no confundirse con los mexicanos hablaba como Carlos Gardel y se peinaba como Hugo del Carril*” (González de la Garza, 1971, p. 117). Podemos imaginar algunas de las características de los elementos transferenciales que el Prior depositó sobre su analista que, desde su perspectiva, literalmente le había salvado la vida. Es interesante que Gregorio Lemercier quedara con un solo ojo igual que su hermano, residente en Bélgica y también tuerto. No creo que sea indiferente constatar que, incidentalmente, el miedo a la locura -como interpretación subjetiva del propio Lemercier ante su “visión” de Dios o del diablo- haya sido la palanca motivadora de la necesidad, ya ineludible, de un tratamiento psicoanalítico.

Un poco más adelante, Gustavo Quevedo comenzó a impartir terapias grupales entre los monjes del Monasterio, motivo por el cual introdujo, en un primer momento, a la doctora Frida Zmud como observadora y para tomar notas de lo que ocurría durante las sesiones. Hay que tener muy en cuenta lo que significó la inclusión de ¡una mujer! en un convento, y judía para colmo del absurdo, lo que incrementó la sensación de escándalo, pérdida de todos los parámetros monacales y consumación de una apostasía. Obviamente, el experimento de Lemercier con el psicoanálisis fue visto literalmente como un sacrilegio por los elementos más conservadores de la Iglesia católica mexicana. Más adelante se incluyó en esta experiencia al doctor José Luis González Chagoyán quien se había analizado en grupo con Emilio Rodríguez en aquel lejano Buenos Aires donde se formó como psicoanalista.

Es importante consignar también la paradoja que significaba una terapia de grupo. Primero, porque se llevaba a cabo con monjes que vivían

juntos en el mismo territorio del Monasterio, lo cual hacía particularmente difíciles las cosas; incluso que podría cuestionar las condiciones de potencial agrupabilidad de los monjes. En segundo lugar, hay que entender que se trataba, obviamente, de tratamientos vehiculizados a través de la palabra (decir todo lo que viene a la mente, etc.), pero en un Monasterio que tenía monjes que había aceptado la regla del silencio. Lo que como regla monacal era símbolo de una clausura del pensamiento ahora se convertía en la posibilidad de exploración infinita de esos mismos pensamientos y afectos, así como la posibilidad de compartirlos con los demás miembros y compañeros de la comunidad. Es difícil imaginar el impacto que en este grupo de monjes tuvo esta reversión total de parámetros, algo tan revolucionario como los resultados que se obtuvieron en los breves años que duró la aventura experiencial del Prior Lemercier y sus monjes.

No pasó mucho tiempo para que las altas autoridades de la Santa Sede se enteraran de lo que estaba ocurriendo en el Monasterio benedictino de Santa María de la Resurrección de Cuernavaca (México). El 16 de julio de 1961, el Santo Oficio (nombre disimulado tras el que se oculta la famosa Inquisición, de triste memoria) lanzaba su primera advertencia en contra del “peligroso” experimento de Lemercier. Sin embargo, como todo esto ocurría en los tiempos de Juan XXIII y mientras se estaba llevando a cabo el Concilio Vaticano II y los revolucionarios cambios que los miembros más adelantados de la curia proponían para una Iglesia actualizada, modernizada y en concordancia con los tiempos que se vivían, las anteriormente ni siquiera imaginables propuestas de Lemercier fueron defendidas no sólo por el obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, sino por el mismísimo Abad primado de los benedictinos, quien en 1963, ofreció un dictamen positivo para las experiencias psicoanalíticas en el seno de las congregaciones religiosas.

Más tarde, sin embargo, en 1965, las fuerzas conservadoras fueron las que primaron en la Iglesia Romana y el Santo Oficio reiteró su prohibición formal de practicar el psicoanálisis en el Monasterio, por lo que Lemercier tuvo que pedir la dispensa de votos -junto con muchísimos de sus monjes-, renunciar a sus funciones sacerdotales y, más adelante, fundar la Congregación de Emaús, en un sitio muy cercano al Monasterio, donde se ofrecieron servicios de terapia psicoanalítica y talleres para hacer artesanías. Muy poco tiempo después, el 21 de julio de 1968 Gregorio Lemercier se casó con Graciela Rumayor quien seguiría al frente de Emáus luego de la muerte de su fundador en 1988.

Es interesante consignar que esta experiencia excepcional coincida, en virtud de que el tipo de tratamiento ofrecido a la comunidad del Convento consistía en una terapia de grupo, con una des-satanización de esta forma de tratamiento y con la también muy conflictiva creación de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo en 1967 -fundación que casi puede verse como un decantado de las experiencias grupales con Gregorio Lemercier y sus monjes benedictinos.

Concretamente hablando, entre 1961 y 1967, Gustavo Quevedo y Frida Zmud trabajaron con la comunidad religiosa mediante tratamientos consistentes en psicoterapias de grupo. Más adelante, José Luis González se incorporó a este trabajo, alrededor de 1966, coincidiendo con la fundación de Emaús. En 1982 el propio José Luis González, al hacer una reseña de la historia de la terapia grupal en México, dejó establecida la cercanía entre el final del trabajo con los monjes del Monasterio del padre Lemercier, el abandono de los votos y de la profesión religiosa de buena parte de los monjes, incluyendo al propio Prior, dando pie a la fundación de Emaús, y la creación de AMPAG en 1967 (J. L. González, 1982).

La fundación de una agrupación dedicada a los tratamientos grupales contó con las más intensas resistencias de los analistas de la APM quienes pensaban que el psicoanálisis solo podía ser un tratamiento individual -y que, en su momento, también se opusieron a la inclusión de psicólogos dentro de la Asociación, por lo que hubo de crearse una Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica, paralela a la APM para dar cabida a las psicólogas que habían empezado su formación en la APM y que, luego, fueron rechazadas. Resulta clara la rigidez de aquellos tiempos del “psicoanálisis oficial” y el repudio inicial de la APM hacia la posibilidad de que las psicólogas se formaran como psicoanalistas y el rechazo a las terapias grupales, así como los problemas políticos que se suscitaron por la utilización, en un primer momento, del nombre de “psicoanálisis” para la recién creada sociedad, a la que bautizaron originalmente como la Asociación Mexicana de Psicoanálisis Grupal, que, un poco después, en un acto de sometimiento sin precedentes, tuvo que cambiar su razón social por la de Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo. Y aún tuvo que pasar cierto tiempo para que algunos miembros egresados de la APM (Palacios, Prado Huante, Mendizábal, Dupont, Chevaili, Solís, Vives, etc.) pudieran formarse en AMPAG para ejercer como terapeutas de grupo.

No es casual que en el momento histórico al que nos referimos, el ámbito local de la bella ciudad de Cuernavaca haya sido testigo de la conjunción

de tres personalidades particularmente significativas en sus respectivos campos. Iván Illich, Gregorio Lemercier y Sergio Méndez Arceo; todo ello en el marco del Concilio Vaticano II y abonado en un terreno particularmente fértil gracias a la gestión de Juan XXIII. Es interesante constatar la huella que dejaron en el campo de la cultura religiosa, pese a ser tres figuras particularmente cuestionadoras, muy criticadas y controvertidas en su tiempo. En primer lugar, el obispo Sergio Méndez Arceo, afín al socialismo y amigo de la revolución cubana; obispo revolucionario que introdujo una serie de importantes reformas y que veía con buenos ojos los experimentos que se realizaban en el convento de Santa María de la Resurrección. Posteriormente, Iván Illich, nacido en Viena en 1926, quien fundó el Centro Intercultural de Documentación y promotor entre otras cosas de un antiindustrialismo y de movimientos ambientalistas, pero que luego de haber sido convocado por el Papa en 1967, renunció a sus funciones sacerdotales para continuar su tarea desde el laicismo. Y, en tercer término, Gregorio Lemercier, gran modernizador e impulsor no sólo de la nueva costumbre de officiar la misa de cara a la feligresía y en español, así como de traducir los textos litúrgicos al idioma local, sino el responsable de la introducción del psicoanálisis dentro de un Monasterio. Tanto el obispo como el Prior coincidían en la necesidad de crear un movimiento que, de alguna manera, fuese una suerte de retorno al monoteísmo (muy revolucionario por tratarse de un país eminentemente guadalupano, es decir, devoto de una religión de la madre) que intentaba disminuir la importancia de la Virgen María y de los santos a favor de una devoción casi exclusiva hacia Cristo. Trataban de descentrar a la madre de la religión católica mexicana -y a los numerosos santos que han convertido al catolicismo en una suerte de politeísmo disimulado- y, en su lugar, establecer con firmeza la figura única de Cristo.

La historia de Lemercier y sus monjes del Monasterio de Santa María de la Resurrección ha sido consignada, como ya se dijo, por Elisabeth Roudinesco en su monumental *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia* (Roudinesco, 1986), por Fernando M. González, quien en 1989 hizo una acuciosa descripción del fenómeno Lemercier y su significación para el psicoanálisis mexicano, tanto individual (Asociación Psicoanalítica Mexicana) como de grupo (Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo); por Rubén Gallo en su *Freud's Mexico* del 2010 quien dedicó un capítulo de su poco afortunado libro al episodio de la inclusión del psicoanálisis dentro del Monasterio de Gregorio Lemercier, así como por José Velasco García quien en su *Génesis social de la institución*

psicoanalítica en México del 2014 dedica una buena cantidad de atención a lo acontecido alrededor de Lemerrier, González de la Garza y Quevedo.

Por lo que toca a Elisabeth Roudinesco, esta autora no deja de incluir en su historia el episodio de Lemerrier en Cuernavaca dada la gran significación contestataria que tuvo este episodio con relación a la Iglesia católica tradicional. Si bien no es el único caso que menciona, el convento de Santa María de Ahuacatitlán tuvo su lugar entre las diversas manifestaciones que se dieron en aquellos tiempos alrededor del mundo. En este sentido, La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia, da fe de la entrada del psicoanálisis en una institución conventual y, como resultado del proceso, la renuncia de veinte monjes durante el primer año y de veinte más en el curso del segundo. A pesar de que el propio Gregorio Lemerrier afirmaba que el psicoanálisis afianza y asegura las vocaciones religiosas, luego de su confrontación con el Vaticano él mismo terminó colgando los hábitos algún tiempo después y casándose. Para esta autora, cierto documento en favor de la inclusión del psicoanálisis dentro de la Iglesia Católica, aconsejando que los religiosos se analizaran (que circuló durante el Concilio Vaticano II, presentado por el obispo de Cuernavaca Sergio Méndez Arceo), era en realidad un escrito redactado por Lemerrier. El affaire de Cuernavaca *“pasa entonces de la competencia de la Sagrada Congregación [que había estado encargada de estudiar y dictaminar sobre este asunto] a la del Santo Oficio”* (Roudinesco, 1986, 206). Como sabemos, las advertencias de esta última instancia -la poderosas Inquisición- hicieron imposible la continuación del experimento de Lemerrier.

Por lo que toca al trabajo de Fernando M. González, donde se documenta la historia del psicoanálisis mexicano, desde la formalización de su primera asociación en torno de Erich Fromm, la llegada de los analistas que se habían ido a formar al extranjero (Argentina, los Estados Unidos de Norteamérica y Francia; Santiago Ramírez, Avelino González, José Luis González, Estela y José Remus, Ramón Parres y Rafael Barajas), para constituirse en Asociación Psicoanalítica Mexicana (dentro de los parámetros de la Asociación Psicoanalítica Internacional); los fundamentos que, a partir de las inquietudes de Jaime Cardeña, Raúl Páramo y Luis Suárez (dentro de la orientación existencial de Igor Caruso), crearon -en 1969- el Círculo Mexicano de Psicología Profunda, antecedentes inmediato de lo que habría de ser, en 1971, el Círculo Psicoanalítico Mexicano; la formación de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica (que agrupó psicólogas a las que estaba vedado, en aquellos tiempos, su

formación dentro de la A.P.M.); finalmente, la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (A.M.P.A.G.), tan ligada al experimento de psicoanálisis grupal de Lemerrier. Las propuestas del monje benedictino nos dice F. M. González- resultaron particularmente revolucionarias pues estaban enfocadas “*para replantear las aparentemente inmutables relaciones entre ‘lo sagrado y profano’ que se habían instituido de forma dominante con el ‘antimodernismo’ de Pio IX*” (González, F.M. p. 91). El definitivo cuestionamiento de las esferas más conservadoras del Vaticano (y de la jerarquía mexicana) disolvieron el experimento de Lemerrier en Cuernavaca, determinaron la salida del psicoanálisis de la Iglesia, así como la muerte del “che” Quevedo, el analista centralmente involucrado con la revolución de Lemerrier, que según José Luis González, murió en una suerte de suicidio camuflado.

Como ya mencionamos, el poco afortunado libro de Rubén Gallo aborda el tema del experimento de Lemerrier en su Monasterio de Cuernavaca. El autor rescata el hecho de que dicho “*experimento tocó temas de extraordinaria importancia en el México de los sesenta: el papel de la religión en el mundo moderno y el papel de la sexualidad en una sociedad cambiante.*” (Gallo, 2010, p. 148). De hecho, el affaire Lemerrier forma parte de un movimiento social mucho más generalizado que, partiendo del movimiento musical originario de Elvis Presley en relación al muy perturbador y novedoso Rock n Roll, así como de la presencia dominante de The Beatles en la década de los sesenta, tendría que ver con la teología de la liberación, la revolución sexual, los derechos de los homosexuales, el movimiento estudiantil, los esfuerzos conceptuales de integrar a Freud y Marx, la aparición del movimiento beat y, más tarde, de los hippies y la psicodelia, con su oposición formal a la guerra. Un aspecto interesante que rescata Gallo en su libro tiene que ver con la visión no elitista del psicoanálisis de Gregorio Lemerrier, pues su Centro Psicoanalítico Emaús estaba abierto para todas las clases sociales, incluyendo a los de muy escasos recursos.

En el muy bien documentado libro de José Velasco García, de 2014 se pasa revista al episodio de Gregorio Lemerrier y sus monjes como parte de una situación más general con relación a lo que acontecía en el medio psicoanalítico en la década de los sesenta y referido al panorama nacional y mundial en donde se dio una clara protesta generalizada por el nefasto sistema imperante, promotor de desigualdad y sufrimiento. Desde la perspectiva del psicoanálisis, la experiencia en el Monasterio de

Cuernavaca guarda una relación muy particular con el cuestionamiento de la institución psicoanalítica oficial, hasta ese momento dominada por médicos varones de la que quedaban excluidas las otras profesiones, principalmente las psicólogas mujeres. La coincidencia del “episodio” Lemercier y la ulterior creación de la Asociación de Psicoterapia Analítica de Grupo es mucho más que casual según lo señalado por José Velasco, dado que en el Monasterio lo que se instrumentó para el tratamiento de los monjes fue una terapia de corte grupal, forma de tratamiento a la que se oponían formalmente un buen número de analistas de la A.P.M., empezando por Santiago Ramírez -su presidente en aquel momento-. De ahí la génesis del movimiento que, iniciado por Gustavo Quevedo, Frida Zmud y José Luis González Chagoyán, pronto se expandió hasta culminar en la creación de una institución dedicada al tratamiento de problemáticas emocionales desde la terapia grupal. Paralelamente y poco tiempo después, las psicólogas rechazadas de la A.P.M. pudieron irse agrupando, gracias al apoyo del propio Santiago Ramírez, movimiento e inquietudes que abrieron la posibilidad de una agrupación que en su momento agrupó a las psicólogas rechazadas y tomó el nombre de Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica. (A.M.P.P.). Andando el tiempo el “grupo de Arquímedes” (como se le conocía coloquialmente) recibió el reconocimiento y entró a formar parte de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

En la Génesis social de la institución psicoanalítica en México, Velasco nos ofrece una historia muy completa de lo sucedido en el Monasterio de Cuernavaca, incluyendo el contexto socio-histórico en el que dicha situación pudo ocurrir y las profundas consecuencias que derivaron el episodio, tanto para el psicoanálisis y sus instituciones en México, como para la Iglesia. Por su parte, el tema que toca Juan Alberto Litmanovich (2015) en su muy documentado texto *Un monasterio en psicoanálisis* tiene la riqueza de ofrecernos vertientes múltiples y la posibilidad de lecturas diversas. Desde las postulaciones de Sigmund Freud y Michel de Certeau en relación a los sucesos históricos y su relatoría -y la posibilidad de entender la Historia como algo que está en constante resignificación-, hasta el cruce de caminos entre la religión y el psicoanálisis, específicamente, entre una versión muy particular del fenómeno religioso, ejemplificado por lo que el Abad Lemercier vino a representar en un momento dado de la historia reciente de la religión católica, hasta una relectura de los textos de Freud en relación al significado inconsciente y simbólico de lo que las religiones representan para el psiquismo de los seres humanos, así como la necesidad de agregar, a

los clásicos grupos -la iglesia y el ejército- que Freud tomó como ejemplos paradigmáticos en Psicología de las masas y análisis del Yo de 1921, la necesidad de agregar, repito, al psicoanálisis institucionalizado y su dinámica institucional interna. ¿Existe un paralelismo entre la dinámica de las instituciones psicoanalíticas y los vectores que se mueven en los grupos estudiados por Freud: la iglesia y el ejército? Ya otras voces han señalado el parecido que puede advertirse entre ciertas concepciones de la formación psicoanalítica, y la de los sacerdotes y monjes dentro de la Iglesia católica.

En este texto podemos rastrear las múltiples vías que anduvieron Santiago Ramírez y Gustavo Quevedo y su relación con las instituciones psicoanalíticas, por una parte y, por la otra, las que transitaron Mauricio González de la Garza y Gregorio Lemercier, con relación a lo que significó para la iglesia la exploración que el psicoanálisis llevó a cabo entre los monjes. Los primeros eran psicoanalistas, aunque Ramírez descreía de los tratamientos grupales que el segundo propugnaba. Los segundos fueron un Prior y un diletante que sacó ventaja de los elementos transferenciales y de la idealización que el Abad hizo, al menos inicialmente, de su persona, así como los avatares de la libido homosexual que se jugaba entrambos. La historia de estos entrecruzamientos aún está por escribirse.

Es claro que estamos ante un momento histórico muy especial tanto para la institución religiosa como para la psicoanalítica. De un lado, decir la misa en la lengua del país en la que se imparte dicha ceremonia -misa en español, en el caso de México- y traducir los libros litúrgicos para los propios monjes, el que dicho rito se realice de cara a la feligresía y no de espaldas a ella, con todo lo que esto ha implicado en el largo transcurrir de esta religión; y, del otro lado, la reciente apertura del mundo psicoanalítico dentro de la sociedad mexicana (recordemos que la fundación de la Asociación Psicoanalítica Mexicana data de 1957, es decir, separada por muy poco tiempo de los sucesos que se dieron en el monasterio benedictino en cuestión), así como la creación casi paralela de una Asociación Mexicana de Psicoanálisis de Grupo, y las necesidades de sometimiento a las altas autoridades, tanto de la iglesia y la Santa Sede, en especial y concretamente al Santo Oficio, así como el sometimiento a la investidura de la A.P.M. que no “autorizó” el uso del vocablo psicoanálisis, como si de una franquicia se tratara, para los tratamientos grupales ni para la institución en la que dichos terapeutas se organizaron, por lo que pronto tuvieron que cambiar su nombre por el de Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (A.M.P.A.G.). Dicha fundación no estuvo exenta de problemas internos

ya que los conflictos entre Frida Zmud, José Luis González Chagoyán y Gustavo Quevedo finalizaron con un acuerdo más o menos tácito en el que este último se quedaba con el territorio de Emaús mientras que Zmud y González, acompañados por Luis Feder (un colado entre médicos), se encargaron de fundar la AMPAG en 1968. Poco tiempo después de este peculiar arreglo, Gustavo Quevedo fallecía debido a un infarto del miocardio un tanto sospechoso.

Es interesante recordar aquellos primeros tiempos de la APM, recién fundada y teniendo que abrirse un lugar a brazo partido dentro de la sociedad mexicana, y a contrapelo de la otra sociedad que había fundado Erich Fromm. González de la Garza, en su libro, nos dejó constancia de su versión sobre los razonamientos que se esgrimían en aquel tiempo -que evidentemente se refieren a las opiniones de Santiago Ramírez- y que se utilizaban para legitimar el psicoanálisis ortodoxo, como le llamaban en aquel entonces a los procedimientos practicados por los analistas de la APM y para diferenciarse de los frommianos. González de la Garza nos repite el argumento de que Erich Fromm no era analista, sino sociólogo, y que nunca había escrito un libro sobre técnica psicoanalítica por lo que sus seguidores difícilmente podían tener una idea adecuada de cómo llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico.

Incidentalmente, una anécdota -un buen ejemplo de confusión de lenguas- que relataba Ramón Pares con deleite, tuvo lugar en los años cincuenta durante una reunión en la que Parres coincidió con Fromm y sus analizandos en una reunión social (los famosos doce o trece apóstoles de los comienzos del movimiento frommiano) y, advirtiendo con extrañeza, cierta situación un tanto chocante, le preguntó directamente a Fromm cómo se las habían arreglado para llevar a cabo esas doce o trece personas su análisis con Fromm, que no hablaba ni una sola palabra de español, y estos primeros discípulos que, excepto una o dos salvedades, no hablaban inglés. Como era de esperarse, Fromm se molestó mucho por tan impertinente observación.

Como bien dice Litmanovich, *“es evidente que esta historia, en realidad un conjunto de historias, constituye por sí misma un fragmento de la historia del psicoanálisis en México y en Latinoamérica...”* (Litmanovich, 2015, p. 21), punto de vista ya adelantado por Elisabeth Roudinesco en la obra antes citada. El hecho fundamental de que Litmanovich haya tenido acceso a las notas que Frida Zmud tomó en su momento de algunos de los procesos de terapia grupal llevados a cabo en el Monasterio durante los años de 1961 a 1964, notas que dan cuenta de diversos avatares dentro de

dichas terapias, resulta una diferencia fundamental con otros estudios sobre el tema. En ellas tenemos acceso a los problemas de la comunidad con sus envidias, rivalidades y celos por el cariño del padre simbólico (Gregorio Lemerrier), las diversas formas de homosexualidad que se entretejían entre los miembros de dicha comunidad; así como de otras temáticas habidas dentro de los grupos con sus particulares movimientos psicodinámicos. De la misma forma, constituyen un documento de enorme valor para entresacar las formas de intervención de Gustavo Quevedo y advertir las particulares directrices y líneas que marcaban su pensamiento (interpretaciones que concebían al grupo como un gran útero que contenía a los monjes que se sentían cobijados y protegidos por dicha instancia materna primigenia), así como los frecuentes e ineludibles conflictos de autoridad con el Padre Prior -y, transferencialmente, con el analista-, los elementos homosexuales en juego, etc. Estos documentos nos permiten acercarnos al enfoque específico que del psicoanálisis tenían estos dos psicoanalistas. Todo lo anterior y más, hacen del libro de Litmanovich un texto indispensable para la comprensión de ese tiempo histórico dentro de la Iglesia católica y del psicoanálisis en las décadas de los años cincuenta y sesenta.

Creo que *Un monasterio en psicoanálisis* es un texto indispensable para penetrar en la historia de ambas instituciones -el psicoanálisis y la Iglesia Católica- y nos muestra un momento privilegiado de la historia del México previo al 68, gracias al cual para poder justipreciar la auténtica revolución que significó introducir la disciplina psicoanalítica dentro de una institución religiosa y lo que ha significado también poder estudiar al psicoanálisis desde el esquema de un monasterio católico.

Al final, nos queda claro que se trató de un momento privilegiado y muy controvertido tanto dentro de la Iglesia católica de aquel tiempo como en los inicios del psicoanálisis en México y las sociedades que luego emergieron.

La introducción de las teorías psicoanalíticas resultó sumamente amenazante para los estamentos más conservadores de la iglesia, tanto en México como en el resto del mundo. Como en su momento bien dijo Lemerrier: la iglesia no le teme a Freud, le teme a la sexualidad. La represión masiva de todo lo que tenga que ver con el instinto sexual sólo ha traído como consecuencia, lógica para cualquier psicoanalista, que las manifestaciones de la sexualidad salgan, sin control y de manera abrupta (el retorno de lo reprimido) en una serie de episodios a veces de poca importancia pero en muchas ocasiones de gran trascendencia social, como es el caso de los abusos a niños y niñas -pedofilia- mucho más frecuentes de

lo que la Iglesia quiere admitir, para mencionar sólo estos casos en los que la indignación social es más patente.

Otro de los hallazgos no menos importantes es el que tiene que ver con la exploración de la vida inconsciente de los sacerdotes, monjes y novicios. La indagación de los motivos subterráneos a la vocación sacerdotal, la frecuencia con las que dicha vocación está al servicio de la represión de una homosexualidad más o menos encubierta y otras problemáticas -neuróticas, psicóticas, narcisistas o limítrofes- de severidad variable, ha quedado fehacientemente demostrada en aquellos rudos y elementales ejercicios del “che” Quevedo, Frida Zmud y José Luis González Chagoyán.

El choque de trenes, por decirlo de alguna manera, era inevitable, ya que la Iglesia católica tiene su basamento en dogmas no cuestionables, en verdades reveladas absolutas que no se discuten, mientras que el psicoanálisis propone una apertura inédita del proceso del pensamiento en una exploración prácticamente sin límites, en un cuestionamiento formal de todos los aspectos de la vida humana, tanto individual como familiar y social, en un convencimiento de que la verdad es siempre relativa y a la espera de nuevas indagaciones.

Creo que el psicoanálisis puede ofrecer formas nunca antes pensadas para explorar tanto la vocación sacerdotal como la estructura misma de la religión; de la misma forma, la iglesia puede ofrecer un modelo en el que las instituciones psicoanalíticas pueden verse en el espejo y advertir lo cerca que están una de otra, tanto desde la perspectiva estructural como desde algunas formas en las que se transmite la “doctrina” psicoanalítica.

Resumen

Se trata de un trabajo en el que se pasa revista a las principales aportaciones que nos ofrecen un panorama sobre la intervención de los psicoanalistas en el Monasterio de Santa María de la Resurrección de Gregorio Lemercier así como sobre las consecuencias que se derivaron en aquellos tiempos, tanto para la Iglesia católica como para la Institución psicoanalítica de México.

Palabras clave: Psicoanálisis e Iglesia – Psicoanálisis y Psicoterapia grupal – Gregorio Lemercier

Summary

It is a paper which is a review of the main contributions that offer us a panorama of the intervention of the psychoanalysts in the Santa Maria de la Resurreccion Monastery of Gregorio Lemercier, and the consequences derived in those times both, to the Church and to the Psychoanalytic Institution in Mexico.

Keywords: Psychoanalysis and Church – Psychoanalysis and Group psychotherapy – Gregorio Lemercier

Bibliografía

- FREUD, S. (1921): Psicología de las masas y análisis del Yo, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2563-2610
- GALLO, R. (2010): *Freud's Mexico. Into the Wild of Psychoanalysis*, The MIT Press, Cambridge, Mass
- GONZÁLEZ, F. M. (1989): Notas para una historia del psicoanálisis en México en los años setenta, en Suárez, (1989) (coord.): *Psicoanálisis y realidad*, México: Siglo Veintiuno, pp. 75-110
- GONZÁLEZ CHAGOYÁN, J. L. (1982): Historia del análisis de grupo de México, en: *Psicoanálisis y grupos*, México: Ed. Pax, 1988, pp. 107-112
- GONZÁLEZ DE LA GARZA, M. (1971): *El Padre Prior*, México: Ed. Diógenes.
- LATORRE CABAL, H. (1969): *La revolución de la Iglesia latinoamericana*, México: Ed. Joaquín Mortiz.
- LEÑERO, V. (1967): *El garabato*, México: Ed. Joaquín Mortiz, 1994
- LEÑERO, V. (1969): *Pueblo rechazado*, México: Ed. Joaquín Mortiz, 2ª ed., 1971
- LEÑERO, V. (1973): *Redil de ovejas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992
- LITMANOVICH, J.A. (2015): *Un monasterio en psicoanálisis*. Las operaciones psicoanalíticas al interior del monasterio Benedictino de Ahuacatitlán, Cuernavaca (1961-1967), México: Paradiso Ed.
- ROUDINESCO, E. (1986): La batalla de cien años. *Historia del psicoanálisis en Francia* (2), trad. de Ana Elena Guyer, Madrid: Ed. Fundamentos, 1995

- SUÁREZ, L. (1970): Cuernavaca ante el Vaticano, México:Ed. Grijalbo.
- VELASCO GARCÍA, J. (2014): *Génesis social de la institución psicoanalítica en México*, Universidad Autónoma Metropolitana / Círculo Psicoanalítico Mexicano, México